

positados; pero cuando tiene razón, aunque se trate de cien mil escudos de renta, los pierde cuando así lo falló el juez, á quien se castiga obligándole á pagar al querellante quinientos escudos y confiscando el resto de su hacienda en provecho del Rey.

Hay también la costumbre de distinguir por el suplicio el crimen cometido. Por ejemplo, á un caballero que ha matado á otro en duelo (porque allí está prohibido batirse) se le corta la cabeza por delante, y al que ha asesinado, se le corta por atrás; así se distingue á los caballeros de los traidores.

Añadió la Marquesa que los aragoneses tenían un orgullo natural, difícil de reprimir, pero gozaban de tan elevado espíritu, de tan buen gusto y de sentimientos tan nobles, que los distinguían entre todos los vasallos del Rey de España; que siempre habían abundado en su territorio los grandes hombres, desde su primer Rey, hasta Fernando, y que se habían hecho notar siempre por su valor y agudeza.

Por lo demás, su país es tan estéril que, haciendo excepción de algunos valles regados por canales que toman al Ebro sus aguas, todo lo demás es seco, arenoso, lleno de brezos y rocas. La ciudad de Zaragoza es grande, sus casas son mejores que las de Madrid, sus plazas públicas tienen alrededor anchas arcadas; la calle Santa, que sirve de paseo, es tan ancha y tan larga que parece una gran plaza prolongada; adórnala muchos palacios de señores, siendo el de Castel-Morato uno de los más bellos; la bóveda de la iglesia de San Francisco sorprende á los que la ven, porque siendo de anchura extraordinaria, no está sostenida por ninguna columna: la ciudad no está fortificada, pero son de tal naturaleza los habitantes que les bastaría su valor para defenderla; no habiendo fuentes, hay que servirse del agua del río Ebro, por el cual no transitan en aquel trecho las embarcaciones, temerosas de sufrir averías en los múltiples y peligrosos escollos que allí existen. El arzobispado vale sesenta mil escudos; el vice-reinato, que no tiene renta, es un puesto de honor, ocupado por grandes señores que á costa de su bolsillo sostienen el rango de su empleo, para someter á pueblos de naturaleza imperiosa y altanera, poco afables con los extraños y tan

poco expresivos que preferirían estar solos en su casa toda la vida que dar los primeros pasos para contraer nuevas amistades; hay una Inquisición severa, cuyo establecimiento es magnífico, y un parlamento muy riguroso; lo cual no impide que aparezcan en este reino compañías de bandoleros dispuestas á extenderse por toda España y que no dan cuartel á los viajeros; estos bandoleros roban algunas veces jóvenes de buenas familias para obtener de sus padres pingüe rescate, y cuando son hermosas, las conservan en su poder, lo cual es para ellas la mayor desdicha que podía sucederles, pues toda su vida se ven obligadas á vivir entre gentuza ladrona que las hospeda en guaridas espantables ó las lleva sobre la grupa de un caballo, siendo víctimas del amor y de los celos de sus amantes. Cuéntase de uno de tales hombres que, llevando una vez consigo á su querida y siendo perseguido por los soldados, cayó al fin, atormentado por los mortales balazos que de sus perseguidores recibía. La dama, que por cierto era hija del Marqués de Camarasa, grande de España, intentó escapar aprovechando aquellos momentos; pero notándolo el moribundo, asióla por los cabellos y le clavó un puñal en el pecho para que nadie gozara la belleza que con frenesí él adoró.

La hermosa Marquesa de los Ríos callóse llegando á este punto, y yo le di las gracias por la bondad con que me había referido noticias tan curiosas.—Yo no creo, señora—me dijo,—que debáis darme las gracias, y llegué á temer que me reprocharais por haberos entretenido con una conversación tan larga y tan fastidiosa. No quise que á la hora de comer la Marquesa se alejara de mí; aceptó ella mi sencilla invitación y acostóse luego conmigo porque sólo disponíamos de una cama. Un trato halagador y franco la indujo á quererme, y me lo aseguró en términos tan amorosos que no puede dudarle; porque las españolas son más cariñosas que nosotras, y para quien les agrada tienen conmovedoras y tiernas expresiones.

Al día siguiente supimos que no era posible proseguir el viaje, pues, habiendo nevado toda la noche, no se descubrían trazas de ningún sendero en la campiña. Como tenía-

mos buena compañía, este contratiempo no nos desazonó y pasamos algunas horas jugando al tresillo y otras en amigable conversación. Después de permanecer allí, acompañada por la Marquesa de los Ríos, tres días que me parecieron un instante—con tal placer la escuchaba y veía,—nos separamos con verdadera pena y no sin prometer escribirnos y vernos en otra ocasión. El tiempo ha mejorado y continúo mi viaje para llegar á Lerma; hemos cruzado montañas espantosas que llevan el nombre de Sierra de Cogollos, pero nos ha costado mucho trabajo. La ciudad de Lerma es pequeña y le dió su apellido el famoso Cardenal, primer Ministro de Felipe III. Hay un castillo que mañana visitaré, porque, siendo ya tarde, me falta tiempo y sólo deseo descansar.

Los españoles estiman el castillo de Lerma y lo alaban como una maravilla, concediéndole casi la misma importancia que al Escorial; es un edificio y un lugar ciertamente digno de atención. Está situado en una pendiente y formado por cuatro cuerpos y dobles hileras de pórticos que cierran el patio central y dan paso á los vestíbulos y á varias dependencias; las ventanas se abren sobre la campiña. Rebajan el mérito de la construcción pequeños torreones terminados en punta de campanario, adheridos á los cuerpos principales y que, lejos de servir de ornamento, afean el conjunto. Las habitaciones son muy espaciosas y están doradas con esplendidez; el castillo tiene un hermoso parque, atravesado por un río y regado por varios arroyuelos; árboles frondosos en verano dibujan sus orillas y descúbrese á poca distancia un espeso bosque.

Me preguntó el conserje si deseaba ver á las monjas, cuyo convento está vecino al castillo; díjele que sí lo deseaba, y él nos hizo atravesar una galería, al fin de la cual descubrimos una reja, en la que aparecieron luego varias religiosas, bellas como el sol, cariñosas, regocijadas, jóvenes, discurriendo acerca de todo con acierto.

Hablando estaba yo con la abadesa cuando una niña entró á decirle algo en voz baja, y una vez concluído el recado, supe que una dama de alta calidad, hija de D. Manrique de Lara, Duque de Valencia y viuda de D. Francisco Fernán-

dez de Castro, Conde de Lemos y Grande de España, vivía retirada en aquel convento, y cuando averiguaba que alguna dama francesa se detenía en Lerma, rogábale que le hiciera una visita. Prometí agradarla y la niña le llevó mi respuesta.

La dama se acercó á la reja poco rato después, vestida como las españolas de hace cien años; llevaba chapines, que son una especie de sandalias que levantan mucho el pie, y con las cuales no es posible andar sin apoyarse mucho en otra persona; sostenían á la Condesa las dos hijas del Marqués del Carpio; una rubia, cosa poco general en este país, y la otra con los cabellos negros como el azabache. Su hermosura me sorprendió, y para mi gusto, sólo las encontré algo delgadas, pero esto no es un defecto en este país donde agrada ver los huesos dibujándose á través de la piel. El traje de la Condesa de Lemos parecióme tan singular que preocupó mi atención. Aquella señora vestía una especie de corpiño de raso negro abrochado con gruesos rubíes de un valor considerable, y tan subido el cuello como un ajustador, con mangas estrechas rematadas en altas hombreras. Un espantoso guardainfante que no le permitía sentarse como no fuera en el suelo, sostenía una falda bastante corta de raso negro, acuchillada profusamente con brocado de oro. Llevaba un cuello alechugado y collar de magníficas perlas y diamantes. Sus cabellos eran blancos, pero los ocultaba cuidadosamente bajo una blonda negra. Tenía setenta y cinco años, y juzgué que habría sido extraordinariamente bella; sus ojos brillaban aún y su piel estaba tersa sin la más insignificante arruga; fuera difícil encontrar un carácter más delicado y más vehemente que el de la anciana Condesa. Su talento chispeante y su figura hermosa, según me refirieron, han llamado mucho la atención entre la sociedad de su tiempo; contemplábala yo como se mira una interesante antigüedad.

La Condesa me dijo que había tenido el honor de acompañar á la Infanta cuando se casó con el Rey Luis XIII y que había conservado un recuerdo muy grato de la corte de Francia, tanto, que apreciaba todo lo que de allí procedía, quedando muy satisfecha cada vez que se le proporcionaba ocasión de hablar con franceses. Rogóme que le diera noti-

cias del Rey, de la Reina, de Monseñor y de la Princesa de Orleans.—Pronto veremos á la Princesa—exclamó con alegría,—pues dicen que será nuestra Reina. Respondíle á todo lo que podía satisfacer su curiosidad, y ella se mostró satisfecha. Preguntóme cómo estaba la viuda del Conde de Fiesco.—No la conozco personalmente—añadió,—pero he sido amiga de su esposo cuando estuvo en Madrid por mandato del Príncipe de Condé. Era en extremo galante, y caballero como pocos, instruido y decididor; escribía versos, y recuerdo que á mi ruego dió principio á una comedia que no quiso concluir, aunque según parecer de algunos más inteligentes que yo, en lo que dejaba escrito había trozos de verdadero mérito. Una fiebre lenta, una profunda melancolía y una verdadera devoción le apartaron bruscamente del amor y de todos los placeres de la vida.

Hícele saber entonces que la Condesa de Fiesco seguía siendo una de las más principales mujeres de la corte, y que sus méritos no eran menores que los de su señor marido. Lo mucho que distinguió al Conde su protector el Príncipe de Condé basta para su panegírico.—Yo conocí al Príncipe cuando estaba Flandes, á la llegada de la Reina de Suecia.—¿Conocisteis á la Reina?—le dije interrumpiéndola.—¡Oh! Señora, tened la bondad de indicarme algunos trazos de su carácter.—Algunos conozco—prosiguió—bastante singulares, y á fortuna lo tengo porque me ponen ahora en el caso de poder complacerlos.

El Rey de España envió á D. Antonio Pimentel en calidad de embajador á Stockolmo para descubrir las intenciones de los suecos cuanto le fuera posible. Desde mucho tiempo atrás mostrábanse hostiles con la casa de Austria, y no se dudaba que harían cuanto pudieran para contrariarla en su deseo de hacer elegir por Rey de los romanos al hijo del Emperador. Encargóse Pimentel de realizar este propósito sutilmente, y, en efecto, con los atractivos de su figura, de su carácter y de su talento, llevó á término sus negociaciones mejor de lo que todos pudieran imaginar. Conociendo desde un principio el flaco de la Reina, ganó su confianza; reparaba que la novedad tenía para la Reina poderoso atractivo, que en-

tre los muchos extranjeros que á su corte llamaba, el último era siempre el más favorecido. Así formó un plan con objeto de agradarla y conquistó sus complacencias hasta el punto de ser informado por ella misma de las cosas más secretas que no era prudente decir; pero se consiguen muchas ventajas y se adelanta rápidamente cuando se sabe hallar el camino del corazón. El de la Reina se había sometido de tal modo á su voluntad, que D. Antonio lo gobernaba como un soberano; por este medio pudo escribir al Emperador y á los electores en breve plazo noticias tan positivas y tan agradables que bastaron para suponer al Consejo de la Reina de Suecia extraño á la declaración que había hecho ella en favor del Rey de Hungría. Consumada esta intriga, creían que luego el Rey ordenaría el regreso de Pimentel, porque ya no se ofrecía ningún asunto que reclamase la presencia de un embajador. Pero si era inútil al Rey que don Antonio residiera en Stockolmo, no era indiferente á la Reina, que trabajaba sin cesar para conservarle á su lado. Siguióla desde aquella ocasión á todas partes el enviado del Emperador, y muchas gentes que se dejan engañar fácilmente por las apariencias, creyeron que la Reina cedía gustosa el trono á su primo, porque no se asomaron á sus ojos lágrimas ni temblaba su voz cuando arengó á sus vasallos con valentía y elocuencia. Pero la muchedumbre no pudo traslucir los íntimos sentimientos de la Princesa, que hablando enérgicamente, sentía penetrada su alma por vivo dolor, desesperándose al entregar al Príncipe palatino un cetro que había heredado legítimamente y sostenido con dignidad.

El Príncipe tuvo la precaución de hacer declarar que si la Reina quería casarse elegiríale por esposo. Desde entonces ella comenzó á sufrir las trabas y sujeciones que se le impusieron; por otra parte, no estaba satisfecho el pueblo de que le gobernara una joven soltera y estudiaba más sus defectos que sus buenas cualidades; el Príncipe, bajo cuerda, fomentaba el disgusto del pueblo, hasta el punto que la Reina, que por cierto no era muy perspicaz en sus desconfianzas, lo notó. Descubriendo el afecto que mostraba su pueblo al Príncipe, sintió celos, que pronto se trasformaron en odios implacables.

La compañía del Príncipe se le hizo insufrible, y él, notándolo, retiróse á una isla que le había tocado en herencia; pero no tomó esta resolución hasta que hubo sembrado entre sus admiradores buenos recuerdos contra la conducta de la Reina.

Cuando ésta se vió libre de un objeto cuya sola presencia la disgustaba, no se consagró á gobernar su reino, sino que, siguiendo las aficiones que al cultivo de las bellas letras la llamaban, dedicóse por completo al estudio. Su maravilloso talento hacía progresos admirables en las ciencias, pero que de seguro le serían menos precisos que un proceder atinado para salvar su gloria y sus intereses. Sucedió con frecuencia que, después de haber pasado algunos días retirada en sus habitaciones, presentábase disgustada, diciendo que los autores eran unos ignorantes, que teniendo la imaginación entumecida, entumecen la de los demás; y cuando los caballeros de su corte la veían en semejante disposición, acercábanse á ella con más confianza y sólo se trataba de buscar deleites en el amor, en las comedias, en los bailes, en los torneos, en las cabalgatas y en la caza. La Reina entregábase por completo á placenteras voluntades; nada podía sacarla de aquellos fascinadores juegos; y á este defecto unió otro mayor, que consistía en enriquecer á los extranjeros á costa del Estado.

Los suecos empezaron á murmurar, la Reina fué advertida. Parecióronle las quejas injustas y poco respetuosas; quiso vengarse de los que la hostigaban y anduvo tan desacertada que se castigó á sí propia. En efecto, cuando menos lo esperaba nadie, y cuando aún era tiempo de buscar menos violentos remedios, abandonó de pronto la corona y el reino á su primo, á quien no amaba, para quien deseó tanto mal y á quien hizo tanto bien. Ella no creyó que pudieran penetrar los motivos de su resolución, y quiso con tan singular arranque de generosidad distinguirse entre las heroínas más famosas de todos los siglos; pero, en efecto, su conducta en adelante no la distinguió más que para perjudicarla.

Viéronla partir de Suecia vestida de bien extraño modo, con una especie de casaca, una saya corta, botas altas, un pañuelo atado al cuello, un sombrero de plumas y una peluca,

detrás de la cual los cabellos trenzados formaban un moño como se lo hacen las damas en Francia para preparar su tocado, y que producía un efecto ridículo. Prohibió á todas sus damas que la siguieran, y escogió algunos hombres para servirle y acompañarla. De ordinario solía decir que no le gustaban los hombres porque fueren hombres, sino porque no eran mujeres. Pareció que abandonaba su sexo al abandonar sus estados, pero no le faltaron alguna vez debilidades capaces de avergonzar á las más débiles mujeres.

Constante, Pimentel marchó á Flandes con ella, y como entonces estaba yo en Flandes—continuó diciendo la Condesa de Lemos,—vilos llegar. D. Antonio me procuró el honor de besar la mano á la Reina, y toda su influencia fué necesaria para conseguir tal merced, pues D.^a Cristina de antemano había hecho advertir á todas las damas de Bruselas y Amberes que no deseaba ni quería que fueran á visitarla; pero á pesar de tales rarezas recibíome cumplidamente, y lo poquito que habló juzguélo donoso y extraordinariamente oportuno; á cada instante juraba como un soldado, sus palabras y actitudes eran tan libres que casi podrían llamarse deshonestas, tanto que, sin el respeto debido á su rango, nadie las tolerara.

Á todos decía que apasionadamente deseaba conocer al Príncipe de Condé, á quien admiró como su héroe favorito, encantada por sus grandes acciones; y obstinábase mucho en aprender á sus órdenes el arte de la guerra. El Príncipe no sentía menores deseos de conocerla, pero en esta impaciencia de los dos, la Reina se detuvo un momento pensando en algunas formalidades y ciertas conveniencias que no quería tener presentes cuando fuera el Príncipe á visitarla. Estas razones le privaron de verla con las acostumbradas ceremonias, pero un día, cuando las habitaciones de la Reina estaban llenas de cortesanos, el Príncipe se presentó sin anunciarse. Ya porque hubiese visto un retrato suyo, bien porque su aire marcial le distinguiera entre todos los demás, lo cierto es que la Reina convenciöse, al mirarle, de quién era el Príncipe, y quiso probárselo con asiduas y extraordinarias atenciones.

Él se retiró pronto; ella le siguió para despedirle, pero entonces él se paró diciéndole: «Ó nada ó todo.» Pocos días más tarde preparóse una entrevista en Mail, que es el parque de Bruselas; uno y otro hablaron con suma indiferencia y no escasa frialdad.

Por lo que á D. Antonio Pimentel se refiere, las aficiones que le manifestó la Reina son bastante conocidas para que no hayan llegado hasta vos, señora, y creo no deba contarlas en detalle, pues quizá yo tampoco estoy del todo bien informada.

Callóse, y aproveché aquel momento para darle gracias por la complaciente amabilidad con que me había enterado de asuntos de la Reina, que con ansia quería yo conocer. Díjome finamente que no veía motivo alguno que la hiciera digna de mi agradecimiento, y preguntóme si había visitado el castillo de Lerma. Á mi afirmación contestó diciendo: —El que lo construyó era favorito del Rey Felipe III, que murió víctima de las etiquetas extremadas de nuestra corte. Segura estoy de que no sucediera otro tanto á un Rey de Francia. Figuraos que D. Felipe III, de quien os hablé, estaba despachando su correspondencia, y como hacía bastante frío aquel día, le pusieron un brasero á poca distancia de la mesa, de manera que todo el calor le daba en el rostro, por el cual corrían gotas de sudor tan grandes como si le hubieran echado agua sobre la cabeza; la dulzura de su carácter no le permitió quejarse de aquella incomodidad, de la que no habló siquiera, porque nunca le parecía mal ordenada ninguna cosa. El Marqués de Tobar, habiendo reparado el malestar que producía en el Rey tan intenso calor, advirtió al Duque de Alba, gentilhombre de cámara, para que mandase apartar el brasero; pero el Duque de Alba dijo que aquel cuidado no le correspondía por depender de otro destino, y advirtió que sería necesario hacerlo presente al Duque de Uceda. El Marqués de Tobar, inquieto viendo sufrir al Rey, tampoco se atrevió á favorecerle, temeroso de propasarse demasiado ejerciendo el cargo de otro, y sin tocar el brasero, mandó advertir al Duque de Uceda, que por desgracia no estaba en Madrid, habiendo salido á ver

las obras de una casa magnífica que á poca distancia de la villa mandaba construir. Este recado recibió el Marqués, y nuevamente propuso al Duque de Alba la idea de apartar el brasero, pero hallándole inflexible, creyó conveniente, antes de resolverse á nada, enviar un recado al Duque de Uceda; de modo que cuando éste apresuradísimo llegó, el Rey, á fuerza de sudar, estaba casi extenuado; aquella misma noche tuvo fiebre alta y presentóse una erisipela; degeneró la inflamación agravándose, y le hizo morir.

Os confieso—añadió la Condesa—que al conocer en mis viajes las cortes de otras naciones, no pude contenerme y censuré de la nuestra ese porte ceremonioso y calculado, que ni en las ocasiones difíciles y apremiantes consiente dar un paso con mayor listeza que otro, pudiendo ser origen de sucesos tan extraordinarios como el que acabo de referiros. Por fortuna, el cielo nos envía una Reina francesa que podrá introducir costumbres razonables; esperándolo, he abandonado ya mis tocas de viuda y uso nuevamente mis vestidos más bizarros para manifestar con la gala mi alegría.

La Condesa de Lemos, anciana muy amiga de conversación, siguió de tal manera su discurso:—¿Á quién podrá dejar de alegrarle la esperanza de ver en el trono español otra Isabel, cuando la bondad de su antecesora hizo que sus vasallos fueran envidiados por los de todas las naciones? Un allegado pariente mío conoció de cerca su grandeza y su mérito: refiérome al Conde de Villamediana.

—Este nombre, señora—dijo interrumpiéndola,—no me puede ser desconocido, y oí referir que una vez, estando el Conde en la iglesia de Nuestra Señora de Atocha, dió á un fraile que pedía para las almas una moneda de oro.—¡Ah! Señor, le dijo el fraile, habéis sacado un alma del purgatorio. El Conde sacó entonces otra moneda y la puso en el plato.—Ya librateis á otra infeliz alma de sus penas, dijo el reverendo; y así sucesivamente fué depositando el Conde seis monedas de oro en el plato, mientras á cada una el fraile clamaba:—¡Otra infeliz alma sale del purgatorio!—¿Me lo aseguráis? dijo el Conde.—¡Oh, señor! respondióle sin dudar el fraile—puedo aseguraros que ya están seis almas en el

cielo.—Pues devolvedme las monedas, añadió el de Villamediana, que de nada os han de servir, pues si las almas entraron ya en el cielo, es muy seguro que no volverán al purgatorio.—El suceso aconteció como lo acabáis de referir —dijo la Condesa,—pero mi pariente no recogió su dinero, pues tal acción entre nosotros promovería verdaderos escrúpulos. La devoción que consagramos á las almas del purgatorio nos parece la más recomendable; á veces es tomada tan á pechos, que recuerdo haber conocido á un hombre de alcurnia elevada que, á pesar de hallarse bastante atrasado de intereses, al morir ordenó que se le dijeran 15.000 misas. Su postrera voluntad fué realizada y se pagó aquel sufragio del alma con los dineros que honradamente correspondían á los desdichados acreedores; pues por muy legítimas que sean las deudas, no se cuenta con ellas hasta que las misas que indica el testamento estén dichas. Esto ha dado lugar á la siguiente conocida frase: *Fulano ha dejado á su ánima heredera.*

Felipe IV ordenó que se le dijeran 100.000 misas, queriendo que, cuando no las necesitara todas, pudiesen aplicarse á sus padres, y si éstos estuvieran ya en el cielo, á las almas de los muertos en las guerras de España.

Pero lo ya referido del Conde de Villamediana me recuerda que, hallándose otro día en la iglesia con la Reina Isabel, vió sobre un altar mucho dinero, ofrecido á las almas del purgatorio; acercóse, y tomólo diciendo: «Mi amor será eterno, mis penas también serán eternas; las de las almas del purgatorio tendrán fin, ¡ay! las mías no acabarán; ellas tienen una esperanza que las consuele, para mí no hay consuelo ni esperanza; por consiguiente, las limosnas, como esta que se les destinan, mejor ganadas las tengo yo.» Pero como es de suponer, no se llevó el dinero que le había dado fácil ocasión para referirse á sus desventurados amores en presencia de la hermosa Reina. Tan enamorado estaba de ella el Conde, que si no mediara su virtud austera para garantir su corazón contra los méritos del pretendiente, parece indudable que la señora le hubiera correspondido. El de Villamediana era joven, apuesto, hermoso, valiente, arrogante, ga-

lanteador y genial; nadie ignora que, para su desdicha, en un torneo atreviése á presentarse vistiendo un traje bordado con reales de plata y ostentando esta divisa: *Mis amores son reales*, aludiendo desenfadadamente á la pasión que le inspiraba la Reina.

El Conde-Duque de Olivares, favorito del Rey y encubierto enemigo de la Reina y del Conde, hizo notar á su señor la temeridad del caballero que se atrevía en su presencia y públicamente á declarar su desatinada pasión, y desde aquel momento aconsejó al Rey la venganza. Tratóse de aprovechar una oportunidad para que nadie sospechase, pero nuevas declaraciones apresuraron los acontecimientos. Como el de Villamediana dedicaba todo su talento y su aptitud á complacer y agradar á la Reina, compuso una comedia que todos alabaron, pero especialmente á D.^a Isabel parecíale tan hermosa, descubriendo en sus versos tanto sentimiento y delicadeza, que se propuso representarla para celebrar el aniversario del Rey. El enamorado Conde dirigía la fiesta, y mandó hacer trajes y construir maquinaria, que le costaron 30.000 escudos. Había mandado pintar una gran nube, y cuando la Reina estaba debajo de la tela, escondida en una máquina, no lejos de allí el Conde, hizo una seña, bien entendida por aquel á quien fué dedicada, y la nube ardió, corriéndose pronto el fuego á toda la casa, que valía 100.000 escudos. Pero el Conde no contaba las pérdidas habiendo conseguido su objeto: salvar á la Reina en sus brazos, conducirla por una escalera interior y obtener algunos favores. Un paje lo vió y refiriólo al Conde-Duque, que no dudaba lo que sucedería desde que se produjo el oportuno incendio; y dedicándose á sus arteras pesquisas, pudo luego presentar al Rey pruebas indudables, y de tal modo enfureció su cólera que, según dicen, hizo matar á Villamediana de un pistoletazo, una tarde, mientras iba en su carroza con D. Luis de Haro. Puede asegurarse que ha sido el Conde de Villamediana el caballero de más gallarda figura y de más briosa inteligencia de aquella corte, y su memoria es todavía reverenciada por los amantes desventurados.

—Bien funesta fué su muerte—dije,—pero no creí que las

órdenes del Rey influyeran en semejante atentado; siempre oí decir que fué debido á la familia de D.^a Francisca de Távares, portuguesa, muy amada por el Conde, siendo dama de palacio.—No,—prosiguió la Condesa de Lemos,—tuvo aquella desgracia lugar como acabo de referiros; y, pues os hablo de Felipe IV, me parece oportuno añadir que una de las mujeres á quienes amó aquel Rey más apasionadamente fué la Duquesa de Alburquerque. Teníala su marido bien guardada, pero los obstáculos aumentaban las aficiones del Rey en lugar de vencerlas, haciendo cada vez sus deseos mayores. Un día, mientras jugaba y en lo más interesante de la partida, fingiendo acordarse de un asunto muy urgente que sin demora debía despachar, llamo al Duque de Alburquerque para encargarle de su puesto mientras él se ausentaba. Saliendo de aquella estancia, tomó una capa y por una escalera secreta fué á casa de la joven Duquesa, seguido del Conde-Duque, su favorito. El Duque de Alburquerque, más cuidadoso de sus propios intereses que del juego del Rey, sospechando y temiendo una sorpresa, fingióse acometido por dolores horribles, y entregando á otro las cartas, retiróse á su casa. Acababa el Rey de llegar sin acompañamiento; vió acercarse al Duque cuando aún estaba en el patio, y se ocultó; pero no hay ojos más penetrantes que los de un marido celoso. Éste, comprendiendo hacia qué parte andaba el Rey, sin pedir luces para no verse precisado á reconocerle, llegóse con el bastón levantado gritando: «¡Ah, ladrón! Tú vienes á robar mis carrozas.» Y sin más explicación le sacudió lindamente. El Conde-Duque no se libró tampoco de sufrir tan vil trato, y temiendo que las cosas acabaran peor, repetía que allí estaba el Rey, para que contuviera el Duque su furia; pero el Duque redoblaba sus golpes en las costillas del Rey y del ministro, y á su vez decía que iba siendo el colmo de la insolencia emplear el nombre del Rey y de su favorito en tal ocasión, y que ganas le daban de llevarlos á palacio para que S. M. el Rey los mandara luego ahorcar.

En medio de tanto alboroto el Rey pudo escapar desesperado por haber sufrido inesperada paliza sin recibir de la dama pretendida el más ligero favor. Esto no tuvo consecuencias